
Hay otros festivales,

del Festival Internacional de Cine de Gijón

Pepe Colubi

En la primavera de 1992 me acerqué a las oficinas de la 30 edición del Festival de Cine de Gijón que, por aquel entonces, se celebraba a mediados de julio bajo la dirección de Mario Menéndez. Mi intención era ofrecerme como intérprete de inglés para atender a invitados extranjeros o como traductor en ruedas de prensa. El director del festival me envió a la Oficina de Prensa y me puso a las órdenes de Isabel Lueje para que realizara una labor de relaciones públicas entre invitados y medios de comunicación; mi tarea consistiría en organizar las agendas de los directores, actores y actrices, actuando como intermediario con los periodistas. Mis compañeros en la Oficina de Prensa eran José Luis Cienfuegos, quien se encargaba de presentar las ruedas de prensa, y Juanjo Barral, ocupado en la redacción de los textos del periódico del Festival.

En 1995, el Ayuntamiento de Gijón decidió renovar el Festival; Cienfuegos fue nombrado director y la cita se trasladó a la última semana de noviembre.

Había nacido el Festival Internacional de Cine de Gijón, tal y como lo entendemos hoy en día.

Hasta aquí, los hechos; a partir de ahora, cuatro historias tal como las recuerdo, cuatro ejemplos de las variadas funciones que una persona puede realizar dentro de un Festival, cuatro sucesos que iluminan la peculiaridad del Festival Internacional de Cine de Gijón.

Tal y como lo entendemos hoy en día.

(Nota del Autor: aunque algunos sucesos han sido recreados dramáticamente para dotarlos de cierta vena tragicómica, los nombres reales se han mantenido para que nadie se llame a engaño ni a cobro revertido).

La transformación en aquella primera edición del nuevo Festival (año 1995) había sido tan profunda que hasta nos mudaron de oficinas, como si el cambio de dirección, fechas y contenidos no fuera suficiente revolución. Frases como "¿Dónde coño están los archivadores?"; o "Si no encuentro ahora mismo sobres timbrados degollaré a la primera persona que me encuentre en el pasillo"; salpicaban el entusiasmo de los que pululábamos por las nuevas dependencias.

Por fin arrancó el Festival; el segundo día me encontraba en mi mesa, quiero decir, en la que me solía sentar dentro de la Oficina de Prensa, cuando entró un señor de aspecto tímido con una de esas bolsas de compra que son como de plástico a cuadros. Discretamente, se situó cerca de mi posición y allí permaneció en actitud contemplativa mientras yo acababa el crucigrama del periódico. De pronto, dos dudas asaltaron mi tranquilo devenir:

a) ¿Por qué se había situado este hombre, con innegable aspecto calvinista, justo al lado de mi mesa, con lo grande, espaciosa y acogedora que resultaba el resto de oficina?

b) ¿De qué me sonaba tanto su cara?

La resolución de la segunda pregunta despejó cualquier atisbo respecto a la primera; aquel rostro tranquilo y bonachón se correspondía con la fotografía de nuestro catálogo dedicada a Paul Schrader.

Es más, era Paul Schrader.

Pasando por alto la tentadora posibilidad de dirigirme a él con el famoso "You talkin; to me, uh? You talkin; to me?"; (entre otras lindezas, el señor Schrader ha sido guionista de *Taxi Driver*), el famoso cineasta asistió, impertérrito, al más fabuloso despliegue de reverencias, aspavientos y volar de folios que nadie haya sufrido en su honor. Ajeno a mi enajenación, Mister Schrader se limitó a inclinarse levemente mientras estrechaba mi mano.

Yo de mayor quiero ser así.

Con los pies en la tierra

"¡Mira qué zapatos! ¡Son maravillosos, perfectos! Dios mío, ¡qué zapatos! Dime ¿dónde los has comprado?"

Nadie, repito, nadie en toda mi vida había elogiado de manera tan exagerada mi calzado. Y ahora que lo pienso, nadie lo ha vuelto a hacer desde entonces. Comprendan mi turbación cuando la persona que se mostraba tan partidaria de mis escaarpines no era otra que el enorme compositor Angelo Badalamenti, autor de la banda sonora de *Twin Peaks*, por ejemplo.

"Bueno... En realidad son unos Dr. Martens", repliqué hundido en el sillón, los pies muy juntos, las manos sobre las rodillas.

"¡Dr. Martens!", gritó Badalamenti como si el nombre de la marca fuera una revelación bíblica.

"Reforzados con puntera de metal interior", añadí con un hilo de voz.

"¡Me encantan!", redundó el músico; "Tenemos que comprar un par", remató dirigiéndose a su esposa. "¿Son cómodos?", había vuelto su mirada hacia mis pies; "parecen cómodos", sentenció clavando sus pupilas marrones en las mías.

A ver si quedamos para tomar un cafelito

Los directores de los festivales de cine son gente muy ocupada. Tienen que estar en mil sitios a la vez, y en cada sitio tienen la cabeza en mil cosas diferentes. Los directores de festivales son gente perturbada, cuya alteración es transmitida, en riguroso orden descendente, a sus colaboradores. Según se acerca el día de la inauguración, las oficinas de los festivales de cine parecen un casting de *Alguien voló sobre el nido del cuco*. Y cuando empiezan, la vida se acelera, los días se acortan, las horas se comprimen, los problemas se multiplican.

Mis recuerdos de cada edición del festival son cortos dogma.

Aquel día teníamos rueda de prensa con Stephen Frears. Los miembros de la Oficina de Prensa nos

habíamos encargado de avisar a los periodistas, las azafatas tenían los botellines de agua listos y los de producción habían preparado los micrófonos. Un minuto antes de la hora convenida, el señor Frears se presentó en las oficinas del festival y yo mismo lo conduje al piso de arriba, donde ya aguardaba la prensa.

Es decir, todo estaba listo.

¿Todo?

Pues no.

Faltaba el director del Festival.

Ya he dicho que los directores son gente ocupada. Lo digo en serio; a cualquiera le puede pasar. La cosa es que los periodistas veían al señor Frears junto a quien esto firma, ambos parados en el hall de entrada. Como ellos no tenían confianza con el cineasta, dirigían sus miradas inquisitoriales hacia mí, como diciendo "venga, hombre, mételo ya aquí que estamos todos". La situación era especialmente incómoda, así que tomé una decisión.

Les di la espalda.

Al darme la vuelta quedé situado justo enfrente de una preciosa máquina de café. Por alguna extraña razón (quizás una mezcla de turbación, despiste y absorción) me quedé mirándola como si fuera un ovni recién aterrizado. Stephen Frears (en este punto he de añadir que este hombre no es la alegría de la huerta precisamente) también dirigió su mirada hacia el armatoste, momento que aproveché para ocupar el espeso silencio que habíamos tejido entre ambos:

"Coffee with milk", traduje señalando con el dedo la opción café con leche.

"Ahá", musitó Frears con evidente desgana.

A mí me iba a cortar.

"Just coffee", maltraduje señalando café solo.

Esta vez no dijo nada, sólo me miró como mira el teniente de un pelotón de fusilamiento al condenado a muerte. Tragué saliva y dije mi última voluntad:

Una de las lacras de todos los festivales es la cateta aspiración de contar con *rostros famosos*

"Vaya, no tienen Irish Coffee".

Dicen que hay miradas que matan, pero la que me dedicó el director de *Las Amistades Peligrosas* me estaba degollando. Lentamente. Pensé que me iba a pegar, o a escupir, o a dar una patada en la espinilla. Sólo era una broma, ya saben, *Irish Coffee* es el título de una película suya, no era para ponerse así, hombre, que sólo intento ser amable. En ese momento, nos llegó la voz del director del Festival.

"I'm sorry, I'm sorry, I'm sorry..."

No es que hubiera eco, es que lo sentía de verdad y para demostrarlo no hay nada como repetirlo las veces que haga falta.

Pueden preguntar lo que quieran

Una de las lacras de todos los festivales que en el mundo son, es la cateta aspiración de contar con "rostros famosos" en la lista de invitados. Ojo, la aspiración parte de ciertas directivas, de cierta prensa y de cierto público, pero se ha extendido de tal manera que las prácticas meramente promocionales de algunos festivales entran de lleno en el absurdo, en el gasto desproporcionado, en el nulo interés cinematográfico, en la debacle, el caos y el desconcierto. El horror.

Ahora bien, existen maravillosas carambolas que ningún festival puede ni quiere evitar. Aquel año repasábamos las tres películas realizadas hasta la fecha por Gregg Araki y el director aceptó la invitación a pasear su palmito por Gijón. Es deferencia de cualquier festival ampliar dicho ofrecimiento a la persona que el invitado de turno considere oportuno por aquello de no sentirse demasiado desamparado en un país tan lejano. Pues Gregg nos dijo que venía con su novia, y nosotros que cómo no, sin saber que la novia en cuestión era la actriz Kathleen Robertson, famosa entre la chavalería por interpretar, justo en aquella época, el secundario personaje de Clare Arnold en la serie *Sensación de Vivir*. Mira tú que bien.

Gregg, o cómo ser cordial sin amagar una sonrisa, también aceptó mantener un encuentro con el pú-

blico que aquella noche asistiera a la proyección de su largo *Doom generation*, y resultó que el respetable llenó hasta la bandera el Teatro Arango (que en paz descanse). Al finalizar la proyección, salí al escenario, hice las presentaciones de rigor y el bueno de Gregg apareció entre vítores, aplausos y silbidos (de los de aprobación). El público tenía la palabra y al primero que la pidió le dimos un micro.

Es que somos así.

El espectador en cuestión había visto en los títulos de crédito que uno de los iluminadores tenía el mismo apellido que uno de los actores, y quería saber si había parentesco.

Esa era su pregunta.

El resto del público estalló en una carcajada franca, estrepitosa y unánime, ante el pasmo del curioso espectador, el independiente director y yo mismo, que debía traducirle tan extraña y puntual duda genealógica.

Es decir, tres pasmaos contra 800 muertos de risa.

Yo por mí, seguía, de verdad

Hay mucho más, pero el tiempo en general, el espacio de *Periférica* en particular y su paciencia, amigo lector, en concreto, tienen un límite, así que aquí lo dejamos. Si un día visitan Gijón, búsqüenme en el puerto, estaré entre los estibadores que cada mañana esperan ser escogidos para descargar algún barco. Si me invitan a una botella de sidra, les contaré la bronca que me echó João Cesar Monteiro o el apacible desfase del director portugués Pedro Costa; les explicaré que a Kaurismaki le vale Fundador si no hay Soberano (¿o era al revés?) y que Guillaume Depardieu mezcla muy mal la fama y el alcohol; recordaré la charla que tuve con Kenneth Anger sobre los anuncios de compresas en Estados Unidos o la cena en la que John Cale me dijo que había probado todas las drogas; relataré lo que pasó con una nota que alguien le dejó a Tom DiCillo en el hotel ofreciendo servicios carnales "a cinco pesetas"; o la divertida presentación que hube de realizar de *Bullet Ballet* junto al director

Shinya Tsukamoto, mientras Fele Martínez y 900 personas más se partían el pecho de risa; evocaré la ostia que se metió Julian Temple en la cabina de proyección del Teatro Jovellanos mientras se estrenaba su documental *The filth and the fury* o la surrealista rueda de prensa con el director Lee Chang Dong y una airada traductora coreana.

Lo dicho; la perturbación, los festivales.

P. C.